

Antonio Rivera y Eduardo Mateo (eds.)

VERDADEROS CREYENTES

Pensamiento sectario,
radicalización y violencia



Antonio Rivera y Eduardo Mateo (eds.)

Verdaderos creyentes

PENSAMIENTO SECTARIO, RADICALIZACIÓN Y VIOLENCIA



DISEÑO DE CUBIERTA: MARTA RODRÍGUEZ PANIZO

© ANTONIO RIVERA BLANCO, EDUARDO MATEO SANTAMARÍA, FLORENCIO DOMÍNGUEZ IRIBARRÉN, EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA, MANUEL MOYANO PACHECO, EDORTA ELIZAGARATE ZABALA, MOUSSA BOUREKBA, ANDER GURRUTXAGA ABAD, JESÚS PRIETO MENDAÑA, MARÍA LOZANO ALIA, MÓNICA CARRIÓN OTERO, PEDRO ROJO PÉREZ, JESÚS LOZA AGUIRRE Y AINTZANE EZENARRO EGURBIDE, 2018

© FUNDACIÓN FERNANDO BUESA BLANCO FUNDAZIOA, 2018
LOS HERRÁN, 46 C-BAJO
01003 VITORIA-GASTEIZ
TEL.: 945 234 047
FAX: 945 233 699

© INSTITUTO UNIVERSITARIO DE HISTORIA SOCIAL VALENTÍN DE FORONDA, 2018
NIEVES CANO, 33
01006 VITORIA-GASTEIZ
TEL.: 945 014 311
FAX: 945 234 956

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2018
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

VERDADEROS CREYENTES.
PENSAMIENTO SECTARIO, RADICALIZACIÓN Y VIOLENCIA

ISBN: 978-84-9097-432-2
E-ISBN: 978-84-9097-457-5
DEPÓSITO LEGAL: M-6.112-2018
IBIC: JPWL/JFFE

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

INTRODUCCIÓN

PENSAMIENTO SECTARIO, RADICALIZACIÓN Y VIOLENCIA

Eric Hoffer, en 1951, nos descubrió la naturaleza del fanático. En realidad, no tenía intención de escribir sobre desaforados enfermos, sino de describir el carácter de los entregados militantes de las causas manejadas por los modernos partidos de masas. Impresionado aún por el abismo brutal que habían abierto las pasiones humanas desde comienzos del pasado siglo, abrumado por el impacto de dos sucesivas guerras mundiales y su corolario de destrucción sin límites, su reflexión abundaba en un "clásico" de aquella posguerra: la modernidad había acabado por resultar tan ilusionante como peligrosa. La entrega por parte de aquellos individuos de sus propias vidas, de su tiempo, de sus energías, de su inteligencia y de todas sus fuerzas era lo más noble y mejor que albergaba la política moderna. Hombres y mujeres se dedicaban a una causa en la que veían la emancipación individual y colectiva de sus inmediatos o lejanos futuros. Nada que ver con los sanedrines cínicos, interesados y minúsculos de la política de elites del XIX. Pero esa misma pasión había sido la que había empujado, sostenido y ejecutado lo más extremo de aquellos sueños políticos, la misma que engendró y llevó a cabo las violencias inimaginables de cualquiera de los totalitarismos de los años treinta y cuarenta. La moneda de dos caras albergaba

lo mejor y lo peor del género humano, en su individualidad y como colectivo en pos de algo sublime, trascendente.

Esa apreciación mantuvo a los pensadores y luego a las sociedades un tanto distantes de los ideales. Estos, llevados a su extremo, resultaban fatales. Se imponía entonces la prevención y el más mesurado concepto de libertad negativa manejado por Isaiah Berlin. Más que aspirar al total de los objetivos políticos de cada cual, resultaba más sensato establecer unas líneas rojas que nadie, ni el Estado ni los individuos organizados ni ningún otro poder, pudieran traspasar y poner así en riesgo la auténtica libertad personal, lo máspreciado. Si la libertad positiva generaba apasionados constructores de su propia existencia —y, de paso, de la de los demás, quiéranlo o no—, la negativa se limitaba a determinar las fronteras y posibilidades de la política.

La crisis cultural de los años sesenta, la misma que recordamos ahora en el cincuentenario de Mayo del 68, reactivó la pasión política adormecida por el rutinario y cómodo “cuarto de siglo de oro”. Una juventud desbordante y desbordada miró más allá de sus fronteras occidentales y, además de hacerse solidaria con sus causas, trasladó del general empeño emancipador anticolonial el ejemplo de vida de sus hombres y mujeres más entregados, de sus mártires. La nación, siglo o siglo y medio después, regresaba a lo más alto de la agenda política mundial. De su mano regresó también la violencia utilizada para el logro de ideales políticos, cebada por la represión con que los poderes habían respondido a los movimientos del 68 o simplemente por la incapacidad de estos para triunfar sin acudir a recursos ex-

tremos. Emancipación social y nacional, otra vez, inflamaron como ideales los años siguientes y proporcionaron una nueva generación de hombres y mujeres que, con una idea trascendente de la política, estaban dispuestos a todo para lograr sus objetivos, incluyendo morir y matar por ellos. El “verdadero creyente” que había observado Hoffer no se había consumido en el fuego de las grandes contiendas mundiales. El horror no había sido suficiente. Los ideales volvían y con ellos lo hacían “los justos”.

El pensamiento sectario, detestado por nuestras apacibles sociedades, remite a esas miradas furiosas que están antes o después de una violencia que, por ser global y supuestamente lejana y ajena a nosotros, somos incapaces de otorgarle algún sentido. No caben en nuestros cerebros racionalistas tales ideas ni tales miradas de la realidad. Son locos, consumidos por ideas absurdas o por un mal uso de las bondades religiosas. Y, sin embargo, no hay una sustancial diferencia entre la tendencia monista que alimenta hoy el terrorismo global —extremo último del sectarismo y de la fanatización— de la que alimentó en su día nuestros terrorismos locales. Esos lejanos locos furiosos tienen la misma mirada y el mismo argumentario que tenían nuestros vecinos cuando mataban para salvarnos.

Viene bien, entonces, tenerlo en cuenta. No solo para despejar el fantasma de que como comunidades estemos a salvo de esa enfermedad social del fanatismo —hemos demostrado que fuimos unos más de entre ellos—, para tener una mirada hoy más ajustada a la realidad de lo que vemos que está pasando, sino también para preguntarnos qué estamos haciendo para que aquello que nos pasó no nos

vuelva a ocurrir. Sociedades como la vasca fueron sociedades enfermas que asumieron con naturalidad preceptos que hoy, apagado el tiroteo y olvidados rápidamente aquellos tiempos, nos cuesta reconocer como nuestros cuando alguien, de manera molesta, nos los recuerda. Y, sin embargo, fue así. No fuimos muy distintos colectivamente de esas lejanas sociedades que hoy vemos apadrinar de alguna manera a sus pistoleros contemporáneos, a sus verdaderos creyentes, a sus patriotas equivocados, a sus entregados e idealistas engañados. Son personas y sociedades distintas, pero el pensamiento es más o menos el mismo. Cuando la política se formula en términos religiosos, de manera trascendente, necesaria en su desarrollo, ineludible históricamente y como compromiso personal y colectivo, todo termina —o, con más precisión, puede terminar— en el dolor y la sangre. La política aparece así despojada de lo que simplemente es: una manera cabal de organizar los colectivos humanos, soportada en el respeto a los demás. Cuando alguien se instituye en intérprete de la “voluntad general” y se empeña en hacernos libres y felices a pesar nuestro, hemos emprendido la senda del desastre.

La Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa, de la mano estos últimos años del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, reflexiona en sus seminarios anuales sobre las causas que ponen en peligro esos preceptos que pretendemos han de amparar a todas las sociedades: la libertad, la paz, la convivencia, la democracia y el progreso so-

cial. Reflexiones soportadas en la diversidad de miradas, tanto ideológicas como disciplinares. En este caso, en la decimoquinta edición de sus encuentros, quería hacer ver la proximidad de aquel pensamiento sectario que finalmente nos conmovió, abrumó y persiguió en nuestra casa durante los pasados decenios y el que anima las explosiones de violencia del terrorismo global. Este seminario pretendía dar luz nuevamente a lo que empujó a aquellos verdaderos creyentes caseros y lo que lo hace hoy con los lejanos. A partir de ahí, se trataba de ver qué estamos haciendo y qué no para formar generaciones que no caigan de nuevo en esa desesperada salida del pensamiento único y, en su extremo, de la violencia. Ya sea en los institutos vascos, para evitar la glorificación de auténticos asesinos, ya en los madrileños y barceloneses, para desterrar la emulación de los militantes lejanos que se acercan a sus casas a través de Internet, hay posibilidades de hacer algo. Sobre todo, de imbuir una mirada abierta y crítica de la realidad que impida desembocar en salidas binarias del tipo bueno-malo, blanco-negro, amigo-enemigo, *on-off*. Traer al conocimiento de los lectores experiencias positivas que se vienen haciendo era el objeto final de este seminario. También, no se olvide, denunciar prácticas bienintencionadas que no hacen sino hostigar y criminalizar "preventivamente" a nuestra juventud. Del mismo modo, conocer cuál es el caldo de cultivo en el que se forma el fanático hoy y las posibilidades que tenemos de cortocircuitar aquello que conduce del pensamiento sectario a la fanatización y de ahí a la violencia.

El seminario tuvo lugar en Vitoria-Gasteiz los días 26 y 27 de octubre de 2017. A partir de las intervenciones de

los ponentes invitados hemos confeccionado este libro que pretendemos sobre todo útil, capaz de proporcionar alguna respuesta teórica y de dar a conocer diversas experiencias prácticas¹.

A cuantos contribuyeron a proporcionar conocimiento en esos dos días y a quienes ayudan a sostener iniciativas como la nuestra y como otras que aspiran a sociedades gobernadas por la medida, damos nuestras más sinceras gracias con estas líneas.

ANTONIO RIVERA BLANCO Y EDUARDO MATEO SANTAMARÍA

CAPÍTULO 1

LA RADICALIZACIÓN VIOLENTA: UNA AMENAZA QUE BUSCA RESPUESTA

FLORENCIO DOMÍNGUEZ IRIBARREN

El terrorismo yihadista que padecemos tanto los europeos como, sobre todo, otros ciudadanos del mundo desde hace unos cuantos años ha puesto de moda hablar de radicalización en todas sus dimensiones. Los medios y los poderes públicos, en particular los del viejo continente, están centrados en estudiar los procesos de radicalización, las formas de prevención o la desradicalización de los ya radicalizados. Se invierten cantidades ingentes de recursos en estudios y planes sobre estos aspectos. Es una de las grandes preocupaciones sociales y políticas del momento presente. Seguramente, hoy en día es más fácil conseguir recursos de la Unión Europea para un programa de prevención de la radicalización violenta que para estudiar la cura de enfermedades.

El semanario belga *Le Vif/L'Express* dedicaba su portada del 26 de agosto de 2016 a lo que llamaba "el negocio del antirradicalismo" y señalaba, en referencia a la Bélgica francófona, que había aparecido "una nueva economía del antirradicalismo y la desradicalización". Bromas aparte, haya o no negocio, lo cierto es que la adopción de medidas para atajar el camino hacia el terrorismo de los más radicales es una necesidad. Otra cosa es el debate sobre la efica-

cia de las diferentes medidas en marcha o sobre la idoneidad de algunos de los encargados de aplicar esas políticas. Tenemos planteada una grave amenaza a la seguridad colectiva y todavía no se ha conseguido una respuesta eficaz, salvo quizás en alguna experiencia local aislada.

Tras los atentados del verano de 2017 en Barcelona y Cambrils, los medios de comunicación y los analistas españoles emitieron innumerables opiniones sobre cómo se había producido la radicalización de un grupo de yihadistas en la tranquila localidad catalana de Ripoll, cómo se habían convertido en terroristas los integrantes de un grupo de jóvenes musulmanes que no sufrían una marginación social significativa, que habían ido a las mismas escuelas que los demás jóvenes del pueblo, que tenían trabajo y, sobre todo, que no parecían radicales. Por suerte, en este caso encontramos un imán al que poder culpar de la maldad del grupo y eso nos eximió de hacer más preguntas que hubieran podido cuestionar a la sociedad en su conjunto y a las instituciones encargadas de vigilar la aparición de este tipo de procesos de radicalización violenta.

Todos los países europeos están desarrollando planes de prevención de la radicalización y España no es una excepción. También tenemos un plan desde el año 2015 que pone el acento en la importancia del papel de los municipios y de las organizaciones sociales, pero que todavía no se ha desarrollado lo suficiente. Poco más de una docena de ayuntamientos ha puesto en marcha planes al amparo del programa estatal. Se han desarrollado algunas iniciativas eficaces, como la plataforma Stop Radicalismos, que en su primer año de funcionamiento recogió 1.600 comunica-

ciones de ciudadanos que hicieron posible la realización de cuarenta y cinco operaciones policiales.

Toda la preocupación por la radicalización violenta, como se ha dicho, ha sido provocada por el terrorismo yihadista. Los europeos nos hemos visto sorprendidos porque en los últimos tres o cuatro años alrededor de 6.000 ciudadanos han salido de la Unión Europea para combatir en Siria o en Iraq enrolados en grupos yihadistas. En España, por suerte, el número ha sido comparativamente reducido: al acabar el año 2016 se habían contabilizado 204 personas, que habían salido de nuestro país para combatir en Oriente Medio. En noviembre de 2017 la cifra se había elevado a 222, según datos oficiales del Ministerio del Interior contenidos en la respuesta a una pregunta parlamentaria (*El País*, 19 de noviembre de 2017). En las mismas fechas, en Francia se calculaba que eran más 1.900 los yihadistas que se habían desplazado a Siria o Iraq. Al margen de los terroristas combatientes, hay una cifra muy superior de radicales con potencialidad terrorista. El director de Europol, Robin Wainwright, considera que hay más de 50.000 y menos de 100.000 radicales en Europa (*El Mundo*, 19 de octubre de 2017).

Además, en el momento actual, se presenta un problema relevante como es el del retorno masivo de terroristas que han estado luchando en Siria e Irak y que tras la pérdida de territorio por parte del Dáesh han vuelto a sus lugares de origen. Un informe reciente calculaba en torno a 5.600 el número de combatientes retornados (Barret, 2017: 5). En el caso de España eran treinta a finales de 2016.

Por tanto, está bien esa preocupación de los poderes

públicos por la radicalización que lleva en último término al terrorismo. Está sobradamente justificada y lo ocurrido en Barcelona y Cambrils así lo demuestra. Está bien que intentemos atajar la violencia antes de que se produzca, limitando, en la medida en que se pueda, el número de futuros terroristas. Está bien que hagamos ahora lo que no hemos hecho con el terrorismo pasado.

En el País Vasco y en el conjunto de España hemos tenido una radicalización terrorista durante medio siglo y apenas se ha prestado atención a los procesos sociales o personales que llevan a un sujeto a convertirse en protagonista de la violencia. Parafraseando al personaje de la comedia de Molière que hablaba en prosa sin saberlo, en Euskadi hemos estado viviendo procesos de radicalización desde siempre sin saberlo. O lo que sería más preciso, sin hacerles demasiado caso. Es cierto que ha habido algunos académicos que han investigado el tema, pero no ha habido políticas públicas de prevención.

El Informe Rose, aquel costoso e improductivo trabajo encargado por el Gobierno vasco a un grupo de expertos internacionales en 1985, señalaba que "en el transcurso del proceso educacional, se deberá instruir a la juventud en que el uso de la violencia para alcanzar fines políticos no puede ser justificado dado que es completamente contrario al proceso democrático aceptado" (Rose, 1986: 203). A esta recomendación se le hizo el mismo caso que al resto de las contenidas en el documento: ninguna. Quizás porque en el País Vasco la radicalización violenta se veía con naturalidad: a fin de cuentas, era algo que pasaba desde siempre y formaba parte del paisaje, igual que la lluvia o la

aparición de setas en otoño. Por eso, hasta fechas recientes, hemos carecido de políticas de prevención impulsadas desde los poderes públicos.

Una de las herramientas disponibles dentro de las políticas de prevención de la radicalidad es el testimonio de las víctimas como vacuna frente al discurso del odio que alimenta la violencia terrorista. La Resolución de 13 de junio de 2014, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas con ocasión de la IV revisión de la Estrategia Global Contra el Terrorismo, reconoce “la función que pueden desempeñar las víctimas del terrorismo en todas sus formas y manifestaciones, en particular para contrarrestar la atracción del terrorismo” (Examen de la Estrategia Global de las Naciones Unidas contra el Terrorismo). El responsable de Asuntos Políticos de la ONU, Jeffrey Feltman, subrayaba la importancia de contar con las víctimas a la hora de trabajar en la prevención de la radicalización: “A través de sus experiencias únicas, las víctimas pueden ofrecer una perspectiva que moldee el debate, responda a las narrativas del odio tanto a nivel comunitario como en foros online e influya para llegar a comunidades marginadas y en riesgo” (teletipo de la agencia Efe del 11 de febrero de 2016). El testimonio de los afectados es fundamental, pero también, como dice el director del Instituto Español de Estudios Estratégicos, el general Miguel Ángel Ballesteros, la solidaridad con las víctimas, porque “es una pieza clave de la política contraterrorista para el fortalecimiento de la resiliencia” (Ballesteros, 2017: 19), de la capacidad de resistencia de una sociedad.

Otra de las herramientas de prevención es la educación.

Es más fácil llevar a cabo la prevención de la radicalidad terrorista cuando aún no se ha empezado a recorrer el camino de la violencia. Es más eficaz vacunar a tiempo que tener que tratar la enfermedad una vez declarada. Llevar la voz de las víctimas al ámbito educativo, como se comenzó a hacer en el País Vasco durante el Gobierno de Patxi López, es una fórmula eficaz para deslegitimar el terrorismo, tanto el pasado como el presente, y por ello, para prevenir los discursos que lo alimentan.

En el momento presente, en el País Vasco, ha desaparecido el terrorismo de ETA, pero siguen quedando muestras del discurso del odio en algunos sectores de la población, discurso que hay que seguir combatiendo. Aunque parezca que ya es cosa del pasado, deslegitimar el terrorismo de ETA sigue siendo una necesidad social del presente para que en el futuro no reaparezca una nueva generación violenta que pretenda seguir los pasos de la banda terrorista. Si queda cualquier tipo de justificación de la historia de ETA, seguirá habiendo quien eche de menos sus armas y su discurso del odio. En el pasado, los etarras se han inspirado para justificar su violencia en la Guerra Civil, en las carlistadas del siglo XIX y hasta en el cura Santa Cruz. A la vista de estos antecedentes no parece un despropósito temer que en el futuro haya quien busque inspiración en ETA para justificar un nuevo ciclo de violencia. Por ello hay que asegurarse de que, de forma generalizada, en la sociedad vasca queda deslegitimado el terrorismo etarra para asegurar la paz de las próximas generaciones.

En relación con el tema de la educación, el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo forma parte de un